

UMBRALES

El mayor de los enigmas de la existencia humana, el tiempo, se nos presenta en una doble vertiente: una literalmente abismal (la eternidad posible), otra, menos vertiginosa: la experiencia entremezclada de los ritmos de la naturaleza y los del devenir humano. Esta última versión del tiempo, cotidiana, quebradiza, nos permite experimentarlo como algo más amable (o soportable) y fundamenta nuestra ilusión de llegar a controlarlo, al menos parcialmente.

Para celebrar los hitos que abren esas fisuras, esos intersticios que permiten conectar el tiempo humano con su inquietante reverso: la eternidad (o la nada), todas las tribus de nuestro planeta han inventado la fiesta, la ceremonia, el rito.

Ahí, cada sujeto adopta un disfraz convencional, un ropaje diferente, excesivo y lujoso, para dar cuenta de esa situación liminar. Las dramaturgias que marcan, con sus escenografías y sus atuendos, los ciclos de nuestra vida construyen un umbral cuya sombra protectora nos permite refugiarnos brevemente antes de emprender una nueva etapa de nuestros itinerarios sin senderos.

CARICATURA

Caricatura quiere decir recarga, trazo apoyado, buril incisivo que permite conocer lo que los cuerpos esconden. Por otros caminos, los cubistas, los surrealistas y los maestros del arte sacro han sabido mostrar realidades subyacentes; los caricaturistas, por su parte (Quevedo, ¿Arcimboldo?, Daumier, Hogarth, Posada, Covarrubias...) nos permiten, gracias a su inteligente ironía o a su despiadado sarcasmo despojarnos de los tenues barnices con que pretendemos protegernos, hacer visibles las reprimidas muecas que intentan disfrazar tantas sonrisas.

LA RUEDA DE LA FORTUNA

El siglo XIX (casi entero) ha formado en la memoria mexicana una imagen de confusión y caos. El imperio español había sucumbido entre sus fallidos intentos por adaptarse al mundo ilustrado y los terremotos sociales y políticos engendrados por el fin del Antiguo régimen. Ese derrumbe (que aquí llamamos la Independencia) tuvo efectos que fueron resentidos incluso en estas comarcas donde la inestabilidad de la vida pública y la dificultad para crear instituciones sólidas acarreó décadas de zozobra y destrucción. Las elites de la época virreinal colapsaron y el país tardó en dotarse de nuevas clases dirigentes (que a su vez habían de desmoronarse durante la Revolución). Durante esos años, sin embargo, el ingenio y la tenacidad de muchos mexicanos comenzaron a poner en pie las bases de un proyecto industrial y a dar nuevo aliento a las redes comerciales sobrevivientes, y esto a pesar de que el país no sólo carecía de una infraestructura adecuada sino también de un orden legal confiable e, incluso, de un mínimo de seguridad pública.

Esas nacientes clases acomodadas (que habían de durar poco), lograron, a pesar de todo, formular los esbozos de un dinamismo económico y social que iría avanzando trabajosamente en las décadas posteriores.

La aparente naturalidad con que las elites en vías de desaparición (como la señora de la mantilla) comenzaron a compartir el escenario con las recién llegadas (como a señora del rebozo) fue una característica de nuestro dinamismo social tanto en el siglo XIX como en el XX.

La evanescencia de las actuales elites y el desconcertante cariz de algunas de las emergentes nos augura un futuro menos terso.

DESMESURA

La complicada urdimbre que ha ido formándose a lo largo de medio milenio y que llamamos cultura mexicana tiene entre sus hilos fundamentales un retrato.

Una imagen distinta a todas las demás posibles, una figura que ha permitido a aquellos mexicanos que asumen su legado reconocerse fuertes y dignos, objeto de cuidado y de ternura, sujetos de esperanza.

¿Quién hubiera podido encontrar un mejor manto para acoger a la miríada de poblaciones humanas que habitaban y habitan el país que un enigmático lienzo cuya capacidad de irradiar benevolencia parece no tener límites? El retrato guadalupano es, según reza el lema pontificio, un don que no ha sido concedido a ningún otro pueblo.

Gracias a las investigaciones de David Brading y Jaime Cuadriello conocemos las eruditas disquisiciones que encendían a nuestros antepasados de la época virreinal acerca de la manufactura de la prodigiosa imagen: ¿fueron los pinceles de san Lucas, fueron los del Padre Eterno?

* * *

Nuestros rostros, nuestros tiempos

Cada una de las imágenes, pictóricas o verbales, de esta exposición es una pincelada cuya función es ayudarnos a bosquejar un retrato, en realidad un autorretrato: estos muros albergan una serie de espejos donde cada uno de nosotros puede percibir rasgos de su propio rostro.

Las facetas de nuestra fisionomía se han ido labrando a través de los siglos. Estas imágenes nos revelan quiénes somos, nos cuentan cómo hemos llegado hasta aquí y nos invitan a interrogarnos acerca del rumbo que queremos dar a nuestros pasos.

Dos evocaciones insignes presiden la muestra: la de sor Juana, que la abre, y la de la imagen guadalupana, que la culmina. Sólo desde las cumbres de la experiencia poética y de la hierofanía (tan cercanas, finalmente) es posible dotar de profundidad y plenitud al desciframiento de la figura humana.

GENTE ALTEÑA

Para fortuna nuestra, la vertiente criolla del mestizaje mexicano posee un polo distintivo cuya circunstancia le otorga un tono asordinado y una apacible dignidad.

Unas tierras que Yáñez nombró flacas, un ánimo laborioso, una posición descentrada respecto de los flujos mayores del poder, una demografía circunscrita, sin grandes altibajos, capaz de interactuar y de mezclarse, aunque sin llegar a diluirse a pesar del transcurso de los siglos: los Altos de Jalisco (al igual que el Bajío) se encuentran totalmente inmersos en las dinámicas de la nación, pero conservan un ritmo propio que a veces los lleva a caminar al descompás (como en las primeras décadas del siglo XX). Sus habitantes son testimonio viviente de que este país ha sabido construirse evitando las fijaciones étnicas y las obsesiones identitarias.

El mundo alteño ha logrado soslayar lo que distingue sin borrarlo ni ocultarlo, construir espacios de indeterminación que acerquen y permitan el encuentro: una brújula para la anhelada concordia.

Una fotografía de identidad reduce, aplana al extremo la complejidad de una vida. Aquí, los hombres que posan para la lente impasible desean pregonar un solo matiz de su realidad personal: estas imágenes formaban parte de los salvoconductos expedidos por los cristeros a los vecinos considerados como "gente de paz".

ENGAÑOS

Solamente cuando los contemporáneos de Narciso percibieron sobre la vibrante superficie del estanque unos rasgos ajenos pudieron saber qué significa representar: qué cosa es una imagen humana, un rostro, una máscara (es decir, una persona).

Si sólo hubieran visto la propia estampa, habrían podido suponer que se trataba de otro congénere cualquiera o quizá de un individuo de la raza del Olimpo.

Nadie puede saber cómo es visto por otro, aunque se encuentre situado al lado de su interlocutor ante el más bruñido de los espejos. Porque la valoración de una fisionomía, propia o ajena, depende de patrones afectivos involuntarios que escapan a nuestra conciencia lúcida. Yourcenar nos había advertido que cualquiera puede llegar a formar parte de las fantasías ajenas.

Por eso llamó sor Juana "engaño colorido" a los retratos, incluso a los realizados por los más diestros pintores (en su caso, Cabrera).

Éste que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

LINAJES

Pretendemos a veces que es posible desafiar a la muerte, arraigar la propia brevedad, el lapso efímero de nuestros días en el potente enramado de un árbol tan añoso como pleno de savia joven: una genealogía.

Los lazos familiares conscientes y perdurables: las estirpes, se cuentan entre los más elementales dispositivos que hemos inventado para situarnos frente a los demás y ante el cosmos impasible. Nos dan la ilusión de perennidad cuando podemos incluirnos en un flujo resiliente que abarque varias generaciones.

Recientemente (hacia el fin de la Edad Media), el mundo occidental pudo edificar, sirviéndose de los linajes, un sistema: el Estado nacional de matriz dinástica, cuya eficacia para la organización de las sociedades políticas superaba a la mayoría de los que en ese momento estaban disponibles.

La aportación de los linajes fue haciéndose cada vez menos necesaria conforme se agotaba el ciclo social y cultural marcado por el Renacimiento, aunque es todavía extraordinariamente funcional en las prósperas sociedades del norte de Europa.

En otras latitudes, como la nuestra, aunque la longevidad de los vínculos familiares en el mundo indígena y campesino atraviesa los siglos, la acelerada sucesión de los ciclos del poder ha hecho que nuestras elites (de todo tipo) se distingan por su juventud. Al contar con pocas generaciones de presencia en una misma posición las ha dotado de un gran dinamismo (pero las ha vuelto, también notoriamente frágiles).

Si la conciencia del devenir (anclada necesariamente en una memoria vigorosa) es exigua, ¿cómo podrá un país posicionarse, al menos como aspiración, respecto del tipo de sociedad que quisiera ser en el futuro?

LAZOS DE SANGRE

El retrato de familia permite hacer explícitos los puentes entre las generaciones, capta el instante fugaz en que pueden convivir la añoranza y la inocencia, son imágenes que celebran y que encubren: se presentan como promesas de recuerdo, pero se esfuerzan por fingir que no existe aquello que se ha aprendido a olvidar (o, por lo menos, a callar).

En México, nuestra mayor riqueza es el fecundo mestizaje que nos ha acercado: primero entre indígenas nómadas y sedentarios, luego entre esas poblaciones y los individuos europeos, africanos o asiáticos que llegaron a nuestros puertos. Uno de sus efectos es la pluralidad de fenotipos presentes en el interior de tantas familias.

Esto reveló la improcedencia de los intentos de clasificación en castas diferenciadas (como las de las de la pintura del siglo XVIII), pero, sobre todo la disfuncionalidad de tantos esfuerzos contemporáneos por fijar (según la usanza estadounidense) definiciones de pertenencia a partir de criterios de origen.

AUDIENCIA Y OBISPADO

Hubo épocas en que sólo los próceres o las personalidades conspicuas podían permitirse el lujo de encargarse un retrato. Muchos grandes artistas, por su parte, continuaban explorando las virtualidades plásticas de la figura humana al margen de las encomiendas o aprovechándolas para estudiar formas más estimulantes: Velázquez, Murillo o Caravaggio hicieron a unos vagabundos sujetos de unos retratos que se cuentan entre los más audaces y brillantes de la pintura universal. En contrapartida, otros como Goya lograban desnudar la inanidad y la miseria moral de algunos de los altivos modelos que posan ufanos.

Aquí, un funcionario y un fraile representan las dos columnas fundamentales de la elite tapatía (en una ciudad con Audiencia y obispado). En los siglos virreinales, Guadalajara estaba socialmente estructurada en torno a licenciados y canónigos (que en el siglo XIX alimentaron sólidos bandos enfrentados de liberales y conservadores), una impronta que marcaría hasta bien entrado el siglo XX, el talante cultural tapatío. Es significativo que las dos personalidades señeras que la ciudad reconoce como sus referencias fundamentales y máximos benefactores sean dos obispos: Alcalde y Cabañas y que figuras que el panteón patriótico ha encumbrado sean precisamente de juristas de cultura liberal.

LOS EXVOTOS Y EL ARTE DEL AGRADECIMIENTO

La gratitud se cuenta entre los impulsos primigenios, es un impulso virtuoso: hace posible la solidaridad empática, la reciprocidad, y fundamenta el sentido de colaboración que es la mayor fortaleza de nuestra especie.

Para situarnos frente a la realidad que nos impide toda arrogancia: para invocar la generosidad de la lluvia, la protección ante lo desconocido, la clemencia ante la catástrofe inminente hemos logrado que nuestras redes de reciprocidad involucren también a las potencias celestiales.

Impetrar y agradecer nos han permitido realizar proezas: pirámides, santuarios, peregrinaciones de largo aliento; el exvoto pictórico pertenece a esa categoría. Hermenegildo Bustos ha conseguido hacer de cada uno de estos exvotos un retrato (y viceversa). El artista muestra a un sujeto individual, uno como nosotros con nombre y apellido, en el trance mismo de recibir el abrazo misericordioso de una potencia sagrada, el instante fugaz que rompe la frontera que separa el cielo de la tierra.

[...] Villaurrutia no pretendía ser humilde ni inclinaba la cabeza: la erguía y la movía de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, entre curioso y desdeñoso. Un pájaro que reconoce sus terrenos y define sus límites. Como Novo, era elegante, pero, a diferencia de su amigo, buscaba la discreción. Vestía trajes grises y azules de tonos oscuros. Usaba unas camisas blancas, immaculadas y que —demasiado amplias— acentuaban la delgadez de su cuello. Piel mate, labios delgados, nariz de ventanas anchas, una fisonomía que habría sido más bien común de no ser por la humedad de los ojos —grandes y pardos bajo las cejas estrictas— y la amplitud noble de la frente. El pelo era negro y levemente ondulado. Desde la primera vez que hablé con él me di cuenta de que sabía oír. Además, sabía responder. Dos virtudes raras, sobre todo entre escritores. Hablaba sin precipitación. A veces esta cualidad se transformaba en defecto: se le veía oírse. También desde el principio me sorprendió su hermosa voz, grave y fluyendo como un río oscuro. Sus ademanes eran sobrios y exactos. Dos notas constantes, espuela y freno. la ironía, a veces cruel, y la cortesía. Años después descubrí que sus buenas maneras ocultaban un temperamento irritable y que los epigramas que disparaba defendían a un ser inseguro y angustiado, víctima de abulias y depresiones. Aunque no era lo que se llama una persona natural, me pareció que, a diferencia de Novo y de Hernández no jugaba a ser su personaje. Mejor dicho: él también, como todos los hombres fuera de lo común, era un personaje, pero sus gestos coincidían con su máscara [...]

Xavier Villaurrutia en persona y en obra Octavio Paz

CUERPOS Y ALMAS

La literatura ha sido siempre nuestra primera opción para intentar procesar la experiencia de una fisionomía ajena. Antes de que la imagen visual se convirtiera en un recurso ampliamente accesible gracias al grabado y luego a la fotografía, el instrumento natural para evocar a alguien era la descripción subjetiva de sus rasgos. En algunos casos han bastado algunos pocos trazos para caracterizar al quijotesco "caballero de la triste figura" o a Carlomagno, "emperador de la barba florida"; en el extremo opuesto se recurrió a esas exhaustivas descripciones cargadas de metáforas gemológicas o florales que provocaban la mofa de Quevedo.

Balzac, Dickens, Tolstoi, Austen nos dieron retratos memorables. Aquí la pluma sutil de Paz es capaz de transmitirnos mucho más que una descripción de un individuo, se trata de la penetrante disección de un personaje.

En *Genio y figuras de Guadalajara*, Yáñez nos ofrece desde estampas entrañables de algunos tipos humanos (como el de la mujer del zapatero, del soldado o del albañil) hasta retratos cuya energía poética está acorde con el carácter casi mítico de los personajes evocados: Beatriz Hernández, (cuya entereza admira), Nuño de Guzmán, trazado al vitriolo, una imagen concordante con la del profeta enardecido que Orozco desenmascaró en el Palacio de Gobierno.